

1.º DE ENERO

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

MADRID, 1894

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Mesonero Romanos, 31

DIRECTOR, D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

Precio de este número
10 céntimos



¡FELIZ AÑO, LECTOR!

Ayuntamiento de Madrid

HONORES BARATOS

«De todo se puede hacer vino, hasta de las uvas...» decía el tabernero del cuento... y, *mutatis mutandis*, ese aforismo es quizá más aplicable a la gloria que al vino...

Aquí no escrupulizamos ni en cuanto a la magnitud ni en cuanto a la calidad. Los romanos de los buenos tiempos nunca concedían el triunfo por luchas civiles; y César, al entrar en Roma tras diez años de continuas victorias...

A veces se ven en ese género cosas estupendas; por ejemplo, la calle de Villalar. Tratándose de una batalla dada por españoles contra españoles, lo mejor sería no recordarla; pero, en fin, ya que se recuerda, sepamos para qué...

Salvo esas anomalías, parece que los nombres de las calles deberían ser un buen indicador de las costumbres y aficiones públicas en cada tiempo...

Por el contrario, la santidad tiene todavía un lote poco conforme con la naturaleza de las costumbres generales, provinciales y municipales.

A la centena deben aproximarse también las dedicadas a escritores y artistas; pero con raras excepciones la calidad de las calles no corresponde al número...

En eso como en otras cosas, los artistas llevan ventaja a los escritores; Velázquez y Goya dan nombre a dos vías de primer orden...

Comprendo, sin embargo, que, prescindiendo de toda importancia urbana, se hayan consagrado a Cervantes, a Lope, a Calderón, a Quevedo...

Verdad es que no todos los escritores andan tan mal alojados. Hermosilla tiene sus reales en lo más lucido del barrio de Salamanca. Sin réplica merece honor, preferiría yo que la legítima dijera: CALLE DEL ARTE DE HABLAR EN PROSA Y VERSO...

De los vivos, creo que solo Echegaray tiene calle. Aplando la honra, y apruebo la elección de aquella vía por donde tantas veces ha entrado el poeta a oír desde la escena las aclamaciones del público.

«¿Ahí y en otro género, dónde está la de Castelar?» Se teme que el público tome por tributo al hombre político el honor dispensado al incomparable orador...

Verdad es que si habían de alojarlo tan mal como a otras glorias políticas, mejor está en su casa. El cardenal Mendoza tiene su calle junto al puente de Toledo, y el cardenal Cisneros tiene la suya junto al depósito del Lozoya...

En ese punto no llevan gran ventaja los modernos a los antiguos. Espartaco, Narvaez y O'Donnell han parado en la plaza de Toros. Si lo ven desde el otro mundo, de seguro están corridos.

Prim radica en el distrito del Hospital, barrio de las Delicias. ¡Delicioso! Parodiando una frase de Monge, podemos decir que verá el mundo grandes revoluciones geológicas que por esas calles transiten tantos coches como por la de Serrano.

Pero mayores han de ocurrir antes que el vecindario madrileño descubra la pobre calle de Gonzalo de Córdoba.

La revolución de 1868 no se quedó corta en la adjudicación de vías; pero naturalmente aplicó las ascuas a sus propias sardinas. Cicho sea sin extremar la fuerza de la metáfora. El barrio que por entonces se construía en la Montaña recibió el nombre de Ar-

güelles, y sus calles fueron patrimonio de otros progresistas más o menos caracterizados y todos igualmente difuntos.

Entonces se tropezó con una grave dificultad epigráfica: algunos de ellos habían usado apellidos difícilmente urbanizables. Si se decía CALLE DE HEROS, podía parecer errata de *héros*, o de *Eros*, dios del amor, sin *ache*. Si se escribía CALLE DE SAN MIGUEL, era exponerse a que el público, rebajando la magnitud del personaje, confundiera con el santo al respetable santón en cuyo obsequio se hacia la dedicación.

El digno general D. Carlos María de la Torre aún ofrecía mayores obstáculos de expresión. Poner CALLE DE LA TORRE era dar ocasión para que el público preguntara: ¿De qué torre? De la de Babel sin duda, vista la confusión a que daban margen los nombres de las inmediatas. Aquí no cabía el remedio aplicado a Heros y a San Miguel. Diciendo CALLE DE DON CARLOS MARÍA pudiera parecer incomprensible tributo rendido al antiguo pretendiente D. Carlos María Isidro de Borbón...

No busquéis ya ese título; la lápida desapareció al concluirse la eternidad anunciada seis años antes a *Philippo Propheta*, y aquella vía se llama hoy CALLE DE LUISA FERNANDA, también sin don ni profesión connotiva. Sin embargo, bien considerada la cosa, no creo que la revolución de 1868 pueda quejarse del cambio.

De todo lo dicho resulta que la inscripción de nombres ilustres en calles y plazas es un medio barato y oportuno para premiar el mérito y despertar la emulación; pero si se han de lograr ambos fines, es preciso proceder con más parsimonia en la concesión...

En tal apuro, el Ayuntamiento salió del paso como Dios le dió a entender, y cercenando el generalato y el don, escribió familiarmente: CALLE DE CARLOS MARÍA DE LA TORRE.

La respuesta fue otra cartita más suave, más tierna, más llena de amistosa unión y atrevimientos inocentes. Sor María no se cansaba de alabar las flores; ¡qué cosas tan bonitas hace Nuestro Señor, y cómo serán los jardines del cielo, cuando así adorna los de la tierra! El altar estaba tan rico, con los flores cuajados, y la comunidad admiraba aquellos primores. Sor María, en su pobreza, no podía pagar el obsequio sino con un escapulario, pero lo había bordado ella misma, y rogaba a su amigo que lo llevase puesto siempre. Y el Sr. de Abrojo, con más viveza de lo que prometían sus años, sacó el doble rectángulo de seda, deshizo el pulero mudo del cordón, y pasó el escapulario al cuello. Más tarde se lo quitó; pero un gozo pueril le hizo reír la carta.

FEDERICO BALART.

ROSQUILLA DE MONJA...

Las quintas de D. Florencio Abrojo y don Eladio Paterno tenían una tapia común, de suerte que cuanto se hacia y decía en alguno de los dos jardines había de oírse por fuerza en el otro. Mientras D. Florencio, solterón y solitario impenitente, entregado a su tímica manía, regaba, podaba o acodaba arbustos raros, las niñas de Paterno, que eran siete, y casi todas lindas, alegres y bulliciosas, corrteaban como loquillas. Sus argentinas carcajadas, sus chillidos de júbilo, sus pasajeras grescas por un fruto o una flor, iban, cruzando el muro, a perturbar la calma y el silencio en que se complacía el fatigado y desengañado Abrojo.

La indole de la molesta algarazra fué modificándose según crecían en años las señoritas de Paterno. Primero, juegos propiamente infantiles, escondites entre los rosales y las magnolias, paseos en carreta y pedradas a los árboles; después, chacharas interminables con amiguitas que venían de Marinada, partidas de croquet, mucho columpio, todo acompañado de meriendas de alimbar y pan; luego se agregó al elemento femenino el masculino, los señoritos animados y obsequiosos, y D. Florencio pudo escuchar, con irritación creciente, las bromas intencionadas, los piropos rendidos, el tiroteo de frases agrícolales, entre ellas y ellos. A este período de escaramuzas siguió aquel en que, habiéndose echado novio dos o tres de las muchachas, las papajotas se sentaban en bancos de piedra, bajo los árboles que sombreaban la tapia misma, y sus voces llegaban como un arrullo a los dominios del Sr. de Abrojo.

El cual—precisamente—aspiraba a no ser molestado por ningún eco de las vanidades y ansias ociosas a que la humanidad se entrega. Misántropo, azotado por la vida como una barca por las olas, se había recogido a aquel huerto, buscando la paz y concretando sus deseos a intereses pequesimísimos, a aspiraciones que no causan goce ni dolor, a la floración de un jacinto, al crecimiento de una orquídea extraña. Sorda cólera le hervía dentro al entreoir las divinas tonterías del palique de los enamorados, y dos o tres veces estuvo a punto de lanzarles la regadera a la cabeza. Lo peor fué que circunstancias fortuitas le obligaron a entrar mal de su grado en relación con la familia Paterno, y que a los pocos días de tratarse los vecinos, una de las niñas, María Consolación, se atrevió a desahuzarse en el jardín de D. Florencio y pedirle clavos para lucirlos en una corrida de toros. Sólo siendo muy desatento se podía rehuir el compromiso; gruñendo interiormente, D. Florencio dejó saquear los arriates; María reunió un haz magnífico, embriagador, y después, con la sonrisa en los labios, lo curioseó todo en la finca, preguntando el nombre de cada planta desconocida, y admirando las que conocía ya. Pensaba el Sr. de Abrojo ocultarle a la chiquilla los tesoros del invernáculo; no obstante, sin darse cuenta de por qué lo hacia, abrió de par en par la puerta vidriera, y pasó a Mariapar entre las flores maravillosas, llegando al extremo de ofrecerle la más bonita, la admirable *sterilicia regia*. María salió afirmando que el vecino no era tan torpe como decían, y que con ella había estado sumamente amable. Alentadas con tal precedente, las demás hermanas quisieron ir por clavos a su vez. Encontraron cerrado el portal; nadie contestó a los aldanosos, y hubieron de comprender que don Florencio resistía. Las señoritas no apretaron el cerco, y nadie osó molestar más al solitario.

Los años corrieron; la familia de Paterno

sufrió cambios y vicisitudes. El padre murió tres hijas se casaron, marchándose con sus respectivos esposos, y María Consolación, la alborotadora niña de los clavetes, sintió de pronto vocación religiosa, é ingresó en un monasterio compostelano. La madre de María, por no sostener la quinta, la dió en arriendo a un industrial de Marinada, que sólo pasaba en el campo los domingos, y D. Florencio cada día más retraído y hueraño, notó que el jardín próximo no le mandaba ya sino alto silencio y soñolienta modorra.

Cierta día, cuando menos se lo esperaba, recibió el Sr. de Abrojo una carta de angosto sobre, escrita con letra tímida y fina, letra femenil, y al abrirla, en la cabecera de la misiva se destacaron una cruz y las iniciales J. M. J.: *Jesús María y José*. Era Consolación, hoy Sor María del Consuelo, la que enviaba a D. Florencio dos páginas difusas, ingenuas y melifluas, donde la monjita expresaba afectuosamente un sentimiento halagüeño y delicado: la gratitud por aquella distinción del regalo de los clavetes, y el deseo de que quien había sido para ella tan deferente, pasase unas Pascuas de Navidad felicísimas, y un Año Nuevo muy dichoso, si le permitía el Señor, a quien rogaba siempre por D. Florencio. Si, Sor María rogaba por él, Sor María solicitaba de Nuestra Señora que apartase de él toda desgracia. Lo único que Sor María lamentaba era que aquellos clavetes, destinados a la profanidad, no hubiesen sido ofrecidos a la Virgen.

Venida de la soledad y del retiro, la carta conmovió un poco al solitario. Representóse a la graciosa criatura de revuelto pelo y encendidas mejillas, que un tiempo le pedía clavetes,—hoy páida, macerada, bajo la austera toca, de linijos en una iglesia desierta, apoyando la frente en la rejía negra y fría,—y como la primera vez, repentinamente impulsó desarrugó su corazón y le dictó un rasgo galante, un golpe de sus antiguos tiempos. Arrasó el invernáculo, encajonó entre musgos las flores más preciosas que aún quedaban, las camelias de nieve, los resedes de invierno, las precoces violetas, y dirigió el cajón al convento, para Sor María.

La respuesta fué otra cartita más suave, más tierna, más llena de amistosa unión y atrevimientos inocentes. Sor María no se cansaba de alabar las flores; ¡qué cosas tan bonitas hace Nuestro Señor, y cómo serán los jardines del cielo, cuando así adorna los de la tierra! El altar estaba tan rico, con los flores cuajados, y la comunidad admiraba aquellos primores. Sor María, en su pobreza, no podía pagar el obsequio sino con un escapulario, pero lo había bordado ella misma, y rogaba a su amigo que lo llevase puesto siempre. Y el Sr. de Abrojo, con más viveza de lo que prometían sus años, sacó el doble rectángulo de seda, deshizo el pulero mudo del cordón, y pasó el escapulario al cuello. Más tarde se lo quitó; pero un gozo pueril le hizo reír la carta.

A los quince días, la monja volvió a escribir. D. Florencio también releyó la epistola, mas no por saborearla, sino por cerciorarse de lo que envolvían las cuatro carillas de letrita bien prieta. En las tres primeras solo halló candorosas efusiones; tratábase de la música, de Santa Cecilia, del piano, a que Sor María era aficionada cuando vivía en el siglo, y del harmonio, que ahora estaba aprendiendo a tocar con el fin de servir de organista. Pero ¡qué fatalidad! Inchar con un harmonio de alquilar, de mala muerte, sin voces, sin sonoridad alguna! Si la comunidad no fuese tan pobre—aquí empezaba la cuarta plana—se resolverían a adquirir un buen armonio, y a ella, a Sor María, sin duda por inspiración de Dios, y sin que la Prelada la sugiriese ni tanto así, se la había ocurrido que su predilecto amigo D. Florencio, de tan nobles sentimientos y generosa alma, no tendría quiziás inconveniente en garantizar las dos mil pesetas del harmonio, que se le irían abonando a plazos, según pudiese la pobreclita comunidad. ¡Cuánto mayor gusto sentiría en estudiar en aquel instrumento, debiéndolo como lo debería, a la limosna afectuosa del Sr. de Abrojo!

D. Florencio soltó la carta, y sardónica menea crispó sus labios que ocultaba el lacio bigote gris. ¡Ah! ¡La eterna perfidia de la mujer; su silbo de culebra que solo halaga para devorar, su insinuante dulzura peor que los más activos venenos! No era el desengaño presente, la tenue y espiritualísima ilusión perdida, lo que inundaba como ola de hiel el alma del viejo, sino tantos recuerdos, que salían del olvido y revoloteaban azotándole con sus polvorientas alas de murciélago, al evocar historias hondamente tristes, de agenos egoísmos y de propios dolores. Siempre el traqueo interesado, la caricia moral ó material a cambio de algo útil; siempre la misma comedia, que hasta desde el claustro podía representarse con éxito. ¿Con éxito? Se vería. El solterón tomó papel y pluma y contestó a la monja, en carta larga, borrascosa, incoherente, que al repararla antes de confiarla al correo le hizo soltar, a solas, carestrosos cajados, mientras malignamente se restregaba las manos.

«Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?» preguntó la Abadesa a Sor María, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

«Madre, si lo es; pero a mí me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.»

«¡Válgame Dios! Pues, Lija, ¿sabe Vd. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un tacano de mucha habilidad. Y este pape-lucho se quema ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo a Sor María viéndola arrodillarse.—No se altere Vd., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve Vd. nunca a escribir á ese... caballero, ni a acordarse de que existe.»

Así puntualmente sucedió. El Sr. de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Chispas

1894

SONETO

¡Pasó el noventa y tres! Año de horrores Cuando no de solemnes disparates; Paz sin progreso, guerra sin combates, Bárbaros con disfraz de redentores. Coliseos sin gente ó sin actores, Cuna y sepulcro de adifligidos vates; Muchos sabios ingertos en orates, Muchos necios con boria de doctores. ¡Podrá el noventa y cuatro que comienza, Señalarnos del bien el derrotero Y hacer que la razón al miedo venza? Yo ni dudo ni afirmo, mas infiero Que si peca por falta de vergüenza No pecará por sobra de dinero.

MANUEL DEL PALACIO.

MADRID

—Sumemos... Pura, Rosa, Petra, Josefina, Adelaida... justo: se la he pegado a mi mujer diez y siete veces durante ese maldito año de 1893 que Dios confundió. Y no se la pegué la diez y ocho vez porque Elvira no fué a Fornos; luego he sabido que estuvo en Apolo en un palco a última hora con Luis y Juanito Mendoza. Esos Mendozas de los demonios se han propuesto soplarne las conquistas. Pero, al fin, no lo siento, porque si llega a ir Elvira anoche a Fornos, aunque solo hubiese sido por despedirme de estos llos en el último día del año, hago una barbaridad... y ceno con ella. Nada, me alegro por mí y por mi mujer. ¡Pobrecilla! Buena como el pan... ¡Ea, el gabán!... Yo te salude regenerado, primer día de 1894... ¡A la calle! ¡Sale! ¡Cielos, Elvira! ¡sola! ¡eh, joven! ¿qué? ¿que te vas a casa? No... mira, te esperé en Fornos y no fuiste... ¿Quieres que?... No hay más que hablar, vamos... (Será la última vez; después de todo esta corresponde, bien miradool al año pasado). (Entran).

—Decididamente tiene razón el catedrático de derecho romano; somos un hato de gandules que pretendemos el imposible de aprender la asignatura en los quince últimos días de Mayo. Pero... no nos hagamos tampoco peores de lo que somos; es imposible el atento estudio del derecho con la digestión horrible de los garbanzos de esta patrona, que parecen hechos en la fundición de Trubia. Esta y no otra es la razón que me obliga a ir después de comer al billar, para ver si con aquel ejercicio higiénico los garbanzos se convencen de que su permanencia en el estómago tiene un límite razonable. Lo mejor es cambiar de patrona al cambiar de año y de vida, si hallo modo de reintegrarme de lo perdido en el billar... A grandes males grandes remedios: empeno la capa a riesgo de que mañana coja una pulmonía y se me lleve Pateta. Este señor Pateta se lleva mucha gente durante los inviernos de Madrid... Andando... ¿Cuánto dice Vd. por la capa? ¿Seis duros una capa con embozos de *peluche*? ¡Hombre, siete siquiera!... Bueno, venga; la necesidad obliga... (En la calle.) ¡Carape, qué diferencia de temperatura! Me quedo helado... Y el señor de Pateta que andará por estas esquinas... Nada, me he equivocado; hay que entrar en el billar, hacer ejercicio y cenar ó me muero... Será la última vez, pero hay que hacerlo, y que perdone el derecho romano. El derecho a la vida es anterior y superior al derecho romano. Además, los romanos no tenían capa con embozos de *peluche*... ¡Ajá! ¡Mozo, la lista!

—...Nadie... El portero es un imbécil que se pasa el día cepillando madera, y su mujer una bestia que se pasa la vida echando al mundo chiquillos; entre los dos ganan el pan suyo de cada día... Acido sulfúrico... Bueno. Pues aun contra su voluntad, yo y otros como yo hemos de redimir la sociedad, el proletariado; somos apóstoles de la idea y propagandistas por el hecho... Bien: pólvora, media onza... Digo que los cimicentos carcomidos de esta sociedad putrefacta... ¡Qué bien me ha salido este párrafo, canastos!... de esta sociedad putrefacta... mecha, un palmo... El año 1894 puede ser el año de la redención; no hay razón para que yo sea más bruto que el abogado del segundo, ni para que el portero sea más bruto que yo. Igualdad absoluta; todos unos brutos... digo, al revés... media libra de clavos... Ya está. Ahora bajo y lo dejo en cualquier puerta... ¡Maldición, el abogado del segundo! ¡Buenas noches! ¿Qué si he encontrado trabajo? No, señor... ¡Cómo! ¿Qué necesita Vd. uno para guarda, bien pagado, casa?... Pues... lo siento, pero ya estoy comprometido... (Al aire libre.) ¡Digo! ¡pasarse la vida en un monte guardando las liebres del señor un hombre como yo, un apostol de la idea... No, señor; año nuevo, vida nueva; harto trabajé hasta ayer. El año 1894 ha de ser el año de la redención; los carcomidos cimicentos de esta sociedad putrefacta...

—Por mas que busco y rebusco en la conciencia, no hallo en ella un solo indicio que me acuse de haber empleado mal el año. No he faltado un solo día a la misa de ocho en los servitas, ni he dejado de cumplir con el Señor cada semana. Durante el año me han hecho cofrade de las Angustias y el Mayor Dolor y Muerte, de modo que... Porque lo que me dijo el bruto de mi cuñado la noche en que pasó a mejor vida mi pobre hermana, que en paz descanse, no pasa de ser una majadería. Yo no tengo la culpa de que se casara con él ni de que se llenaran de hijos, para acabar muriendo en la miseria. (Meditabundo.) Sí, pero... esprimiendo mucho la cosa podría decirme alguien que para qué quiero yo el dinero si no tengo a quien dársele, a lo cual yo contestaría, y con muchísima sombra de verdad, que el dinero es de quien lo gana, y no del ganso de mi cuñado, un hombre que no va a misa mas que los domingos, y que no se ha confesado desde que se casó, lo cual demuestra evidentemente que debe tener la conciencia como una carbonera, a pesar de ser honrado, trabajador y excelente padre de familia... Pero ¿y los niños? Bueno, paso por los niños y voy a empezar bien el año haciendo algo por ellos... Con dos duros hay bastante... (Andando.) Pero no, dos duros para mi cuñado, que nunca los ha tenido juntos, es un peligro; veinte reales son suficientes. (Parándose.) ¿Qué hace aquí? ¿Comprando pande-retas a los niños porque dices que están tristes sin su madre, y quieres alegrarles el alma un poco? (Andando otra vez.) ¡Bah! ni veinte reales ni un céntimo; ni en año nuevo ni en año viejo se puede tener blando el corazón, porque se lo endurecen a un estos despilfarradores que quieren mantener sus vicios con las economías de los demás.

—Esta noche, antes de las doce, para que sea una verdad que no me coge el vicio dentro del nuevo año, hago cinco posturas de á duro con este billete al encarnado. Pierda ó gane, mañana mismo me borro del Circulo, porque lo que a mí me pasa es ya una vergüenza. Veamos lo que se da... (Entra. Se dan contras.) Un duro a contra... Bien... Los cinco siguen... Van los cincuenta a color... ¡Soberbio! (Pasan las horas; amanece 1894.) Ahora es la ocasión... ó todo ó nada... Van las dos mil pesetas a negro. (Sigue una racha de encarnados.) ¡Maldición! No debí jugar en 1894, pero mañana... mañana me desquito.

El infierno está empedrado de buenas intenciones, y el último día del año de inmejorables propósitos.

FEDERICO URRECHA.

VIENTOS QUE CORREN

Observatorio de EL IMPARCIAL

Si el año de poca gracia que ayer se fué hubiera dado todas las veces que amagó, ninguno pasaría a la historia con más fea catadura. Pegó poco, pero fuerte, y en cambio amenazó mucho, como los bravos de gran labia y de corazón pequeño, para quedarse a la postre con el acero levantado, á semejanza de las estatuas é imágenes de algunos guerreros y santos que, en esa actitud esculpidos, no la cambian hasta que la roña, la violencia ó la carcoma los deshacen. Pegó el infame con alevoso y horrible encono en Villacañas, en Santander y en Barcelona, cuyos espantosos méritos le bastan y le sobran para que quede su fecha rayada sobre un fondo más negro que el alma de un malvado. Nos amenazó con el cólera, y contuvo sus iras; creímos que la patria grande iba á pulverizarse en un caos de patrias pequeñas, y resultó que la Muñeira y el Guernikako arborea eran tan españoles como lo han sido siempre la Jota y las Sevillanas; condenó a muerte las Audiencias de lo criminal, y las indultó porque eran grandes, aplastando en cambio a un sinnúmero de jueces porque eran chicos; anunció varias veces que nos quedaríamos sin gobierno liberal, y se conformó con dejarlo reducido y quebrado, según está; quiso dar mayores esplendores al Tesoro apoderándose de las cerillas, y dejó á oscuras los bolsillos de los monopolizadores; decretó la muerte del teatro Español, y no se atrevió con él al ver que se disponia Mata á resucitarlo; quiso también dar por muerto el arte dramático, ante la recia disputa que sostuvieron *Mariana* y *Dolores*, y ellas pudieron más que sus malos designios, quedando ambas muy vivas y boyantes, aunque ésta perdió el moño en la pelea; dijo que ya no había toros, ni toreros, y al fin solo resultó que *Lagaritjo* se fué á su casa, y Reverte casi casi al otro mundo; pretendió asfixiar á los madrileños á fuerza de calor, y obligarles á que se acostaran al anochecer en pleno verano, por no tener donde divertirse, y tuvo que resignarse á ver cómo bailaban las gentes en doscientas verbenas, y cómo se poblaban los jardinitos del Retiro de infinidad de *dilletanti* y de *amanti*; proyectó bloquearnos con basura, promoviendo una furibunda huelga de barrenderos, y aniquilarnos de hambre levantando otra de panaderos, y se convenció de que, lo primero nos importa poco, porque la costumbre es una segunda naturaleza, y de que ya nos vamos acostumbrando á lo segundo desde que vivimos sometidos, aunque á regañadientes, á la higiénica y sencilla moda de las economías; y en fin, tocó la trompa guerrera contra el agorero traidor, y colocó en sus puestos de combate á los hijos de la patria, y se quedó con el acero en el aire, sin pegarles, perdonándoles, hasta que hagan otra y les perdonemos también.

Con tales méritos se ha ido el año: en el arte y en la historia retrasado y retrospectivo; en la hacienda, pseudo nivelador; en el comercio, intratable; en la guerra, pacífico; en la política, á pesar de sus baladronadas, pígameo; y en sus descuidos y malas mañas, dinamitro implacable.

Deja al presente más trampas que las que guarda en su chamizo cualquier cazador furtivo de raposos y alimañas; y el dinero que nos lega, no por falta de peso, sino por dificultad de paso, no puede pasar la frontera sin perder bastante más de la quinta parte de su valor. Y al compás que vamos por aquí dentro, pronto volverán aquellos tiempos en que se *pregonaba la Calderilla á cincuenta por ciento*, é suerte que el tuviere 100 reales de ella los ha de llevar á calentar y resellar á la Casa de la Moneda, donde le volverán la mitad echándole otro sello nuevo diferente, como ocurría casi á diario en los gloriosos años de los siglos XVI y XVII.

En defensa de su dinero perdido, y por el lógico afán de rescatarlo, los franceses acaban de hacer un descubrimiento estupendo. Que hubiera en las vertientes del Atlas nietos de nuestros seculares adversarios los almohades, los almoravides y los benimarines, cosa es que saben hasta los chicos de la escuela, pero que en los mares de Lisboa y de Oporto vivieran corsarios y piratas, noticia es que si procediera de Tras-os-Montes sufriría cuarentena, pero que viniendo del *proprio Paris* estremece, corroborada y aprieta. En las revistas económicas más serias de Francia se habla de la explotación de 400 á 500 millones de francos que el gobierno portugués ha hecho, con gravísimo perjuicio de los franceses, ingleses, alemanes y belgas interesados en la construcción de los caminos de hierro de Portugal. Ahora resulta que apenas hay dinero, y que el que haya, se lo ha de reembolsar en oro dicho gobierno, por lo que las compañías constructoras le deben; de modo que los franceses, que han puesto en tal empresa 200 millones; los alemanes, que han contribuido con 100, y algunos otros accionistas extranjeros que aportaron el resto, excepto una sexta parte que se adquirió en Portugal mismo, todos van á quedar á la luna de Valencia. ¿Qué dicen los franceses ante semejante fiasco? Habla *L' Economiste francais*: «Es público y notorio que la anterior administración de los caminos de hierro de Portugal constituía una banda, en parte de estafadores y en parte de locos. El gobierno ha auxiliado con todas sus fuerzas á esta gente en su tarea de explotación de los capitalistas extranjeros.» Y ¿qué procede hacer, según dicho periódico? «Es preciso—dice—que las potencias interesadas bloqueen á Lisboa, guardea de la piratería, y también á Oporto; y que Francia, Inglaterra y Alemania, bloqueen á Mozambique y á San Pablo de Loanda, y se apoderen, como garantía, de estas colonias, hasta que Portugal entregue las líneas de la compañía á los acreedores europeos. Si Inglaterra y Alemania no quieren asociarse á esta obra común, realicémosla nosotros solos. Toda la Francia nos aplaudirá, porque apenas hay aquí pueblo ni aldeia en que no vivan algunos desgraciados tenedores de obligaciones portuguesas. ¡Ojo, Portugal! El pueblo es bueno y honrado, pero es inerte, y podrá sufrir las consecuencias de la deslealtad de sus gobiernos.» Tales amenazas, que de seguro quedarán circunscritas á Francia, en cuanto se refiere al bloqueo de Lisboa y de Oporto, no es difícil que disgusten á ingleses y á alemanes por lo que toca á la golosina de las colonias africanas, tan gratas al paladar ansionista de esas naciones. Hé aquí, pues, un conflicto en perspectiva que, una

vez planteado, podría anular de nuevo el ciclo de Europa, porque no escasea el argumento para enredar un lío, al fin y al cabo favorable á Portugal. Favorable, porque según las pasiones internacionales del momento, ni hoy, ni mañana, de seguro, las escuadras mutuamente antipáticas de Inglaterra, Francia y Alemania, brán juntas á ninguna parte, sino que, al contrario, bastaría que los franceses aparecieran en el Tajo en son de amenaza, para que los ingleses y alemanes, haciéndose los generosos, no consintieran, por cuatro ochavos miserables, que su rival, con excusa de cobrarse los 200 millones, mangoneara en adelante en la hacienda portuguesa. Y si Francia insistía, pidiendo como están gallos y leopardos y aguileños, vendrían á las garras al momento, que á eso estamos, y cuanto antes mejor, porque se ha gastado mucho en afilarlas, y nuestros hermanos de allende el Guadiana verían los toros desde la barrera, sin soltar sus cuartos, y podrían repetir, dirigiéndose al invasor francés, aquello del cuento: «¡Ista qui es boa, corpo de Deus! E vos, ó rapacião, mirad para diante con quem ó aveis!»

De por aquí abajo, de España, ni de Portugal, difícil es sacar un cuarto; de Marruecos ya verá el devoto lector los que sacamos, si sacamos alguno; y de Italia no hay que hablar, allí caen los gobiernos cada cuatro días, porque no tienen donde caerse muertos. Triste es decirlo, pero los números demuestran que antes de la unidad italiana los presupuestos de todos los Estados de aquella península, con escasas deudas, no pasaban de más de 550 millones de pesetas. Hoy el Estado único no tiene bastante con 2.000 millones, y su deuda excede de 12.000. Claro es que no hay que achacar á la unidad este despilfarró aniquilador, sino á las malas compañías, porque si Italia no se hubiera empeñado en figurar en la de granderos, ni en formar parte de la escuadra de gastadores, resignándose por ahora á marchar en la de pistoles ó en la música, otro gallo le cantara, no á la potencia de primer orden, que no vale llamárselo para serlo, sino á los pobres contribuyentes, que ya se van quedando sin ninguna.

El *Secolo di Milano*, y con él la mayoría de la opinión, echan la culpa de estos males á la triple alianza. «¿A qué aguardamos para impedir nuestra ruina? ¿A que el cambio del oro suba al 40 por 100 y á que la renta baje al 50? No llegarán de seguro á tan lamentable estado, porque antes el país en masa pondría el remedio por su mano; pero no deja de espantar á cuantos piensan en estas cosas el que el afán de hombrear á la fuerza va arruinando á aquel país á paso acelerado. Hace once años, cuando Italia entró en la alianza austro-alemana, gastaba en Guerra y Marina 266 millones de pesetas, hoy gasta 540. Entonces tenía una deuda de 8.318 millones, hoy debe 12.838; es decir, que se ha empeñado desde entonces en 4.519 millones; como Alemania se ha empeñado en otros 4.000, y Austria en 1.664. Y les ha hecho tan felices la triple, es decir la monomanía militar, viven tan bien y tan desahogados y tan á gusto en esas naciones, que todos los años salen muertos de hambre y buscando otra patria 120.000 alemanes emigrados, y de 120 á 150.000 italianos, y 50.000 austro-húngaros. Nosotros, los españoles, que tenemos una población algo mayor que la mitad de la de Italia, perdemos al año mucho menos que la tercera parte de habitantes que ella, porque nuestra emigración es de unas 35.000 personas. A desarmar tocan, pues; así lo piden los que en Italia se tienen por dignos y sensatos patriotas, y tal vez al año de 1894 le toque la buena ventura de presenciar esa humanitaria revolución que aligere las cargas que pesan sobre los contribuyentes, y que les quite de encima también el enorme peso que en todas las conciencias gravita, de que las guerras colosales se imponen y se acercan con todos sus horrores.

Harto nos darán que hacer las guerras mercantiles, sostenidas ahora con más encarnizamiento cada día. La actitud de Francia para con nosotros se ha traducido en pérdidas enormes, y donde principalmente se han sentido éstas ha sido en las bodegas de nuestros cosecheros. En los diez primeros meses del año de 1891, no según nuestras estadísticas, sino según las de los franceses, nos compraron 7.519.719 hectolitros de vinos comunes; en los de 1892 sólo 4.536.965, y en los del actual 2.965.769; de modo que en 1893 la Argelia ha llegado á enviar á Francia la mitad de vino que nosotros, poniéndose, después de España, á la cabeza de los demás países importadores, y sumando ella sola mucho más que todos estos juntos. Y este enorme estancamiento de nuestro producto obra, como es natural, de un modo desastroso sobre los que lo recogen, fabrican y venden al por mayor; y, en cambio, apenas se deja sentir entre los que lo beben, á lo menos en las poblaciones grandes, porque cuesta hoy tan caro como cuando exportábamos 6, 8 y 10 millones de hectolitros. También los ingleses nos han perdido menos vino en ese periodo de tiempo, porque en 1892 nos compraron por valor de 594.950 libras esterlinas, y en este año solo alcanzó en dichos meses á 529.038. Los ingleses, cosa curiosa, beben cada vez menos vinos y licores alcohólicos fuertes. En el segundo semestre de 1.892 entraron en aquel reino 1.485.000 litros menos que en idéntico periodo de 1892, cuya disminución se viene sosteniendo progresivamente hasta hoy. No aumenta de un modo proporcional, como podía suponerse, el consumo de la cerveza. ¿Qué beben ó qué toman los ingleses? Pues lo que toman en España las señoras y los enfermos: te. Desde Marzo á fines de Julio de este año han consumido 2.835.300 libras más que en el mismo tiempo del año de 1892. ¿Y es por espíritu virtuoso por lo que han dejado el espíritu de vino por el que no tiene espíritu alguno? No; sino por positivista espíritu mercantil; porque habiendo conseguido cultivar el te en la India, en tan grande escala que ya apenas necesitan nada del de la China, ellos fomentan de ese modo su propia producción y su comercio, comprando y tomándose casi todo el que recogen. ¡Mala moda para los que aún tienen esperanzas de que nuestros vinos comunes y generosos han de ser algún día deseados y consumidos en la Gran Bretaña! El vicio del beber, si no se toma más que te, se ha abaratado mucho, tanto como se ha encarecido el vicio de figurar, que trastorna la cabeza mucho más que aquél. A Mr. Gladstone le han costado los votos para ser diputado en las últimas elecciones, 23.625 pesetas; á S. William Harcourt, 24.586; á Mr. J. Morley, 37.800; á Mr. Ballfour, 19.296; á Mr. Chamberlain, 15.790; á S. Ch. Dilke, 30.300; á Mr. G. Murray, 22.500, y á

Mr. H. G. Reid, para no salir, 50.000. El gasto total de las elecciones se elevó á 23.856.524 pesetas, cantidad abonada por 1.307 candidatos, de los cuales fueron elegidos 670 y derrotados 637. En el Reino Unido, así como en España, los diputados no tienen retribución alguna por serlo; la vida es mucho más costosa que en ninguna otra parte, y la mayoría de los elegidos no son ricos. ¿No es verdad que la vanidad, si ese es el móvil que les lleva al Parlamento, resulta muy cara?

R. BECERRO DE BENGOSA.

UNA CARAMBOLA REGIA

(EPISODIO DE 1827)

Aquel suspirado monarca por quien tantos sacrificios había hecho su pueblo, el nunca bien ponderado Fernando VII, apático por temperamento, no había heredado aquella afición á la caza que de su abuelo había pasado á su padre. Las liebres, conejos y corzos del Pardo y de la Casa de Campo, á que durante su vida había hecho tan cruda guerra el pacífico Carlos IV, vivían en una paz octaviana desde que, dichosamente restaurado el *pío, felice, triunfador* Fernando (como, si no estoy equivocado, llegó á llamarle Arriaza, el poeta oficial de aquellos días), ocupaba el trono en que se sentaron en tiempos remotos Sanchos, Alfonso y Felipe, y que más recientemente apenas había calentado el intruso José I.

A Fernando la única caza que le distraía era la de sus buenos y leales vasallos, y aun en estas funciones, como lo había demostrado en las jornadas de Julio de 1822, tampoco le gustaba tomar parte activa, contentándose con ver, desde sitio seguro, los arrojos de sus ojeadores. Dedicado á una vida sedentaria, apenas interrumpida por algún que otro paseo á caballo, ejercicio en el que gozaba fama de gallardo y excelente ginete, de tal manera fíbase ya acentuando la gota que había de acabar con su venturosísimo reinado, que los médicos de cámara se habían visto obligados á prescribirle alguna ocupación que diera empleo á su complejión robusta.

De éstas, la que más parecía complacerle era el juego del billar, á que casi todas las noches se entregaba por espacio de una hora en una de sus habitaciones convenientemente preparada al efecto. Para que el atractivo le resultara mayor, es fama que las personas que escogía por contendientes empleaban toda su habilidad en prepararse las más absurdas derrotas, amañando jugadas en que hasta un jugador tan mediano como lo era Fernando no podía menos de ganar siempre. Esto complacía al rey absoluto, no tanto por la personal satisfacción de la victoria, como por la ocasión que le daba para mortificar el amor propio del perdedor, agobiándole con puyas y chanzonetas que su proverbial llaneza hacía subir hasta un punto no del mejor gusto siempre.

II

Una noche, si no estamos equivocados de hacia los fines de Noviembre de 1827, S. M. se entregaba á su ordinario esparcimiento, empeñado en una partida de palos en que tenía por compañero á la respetable persona del obispo electo de una de las diócesis de mayor importancia, y que á pesar de su carácter sagrado gozaba fama, más que por lo profundo de sus teologías, por la seguridad de sus retruques y la gallardía con que sabía buscar una carambola por cuatro y hasta por cinco tablas.

De contendientes hacían dos de los más oscuros ministros del cuarto gabinete formado aquel año, y á llevar cuenta de los tantos se había ofrecido el secretario del despacho de Hacienda, comprendiendo, sin duda, que ni sus conocimientos financieros alcanzaban á más, ni había por aquel entonces en las arcas del Erario público cosa que valiera tanto como lo que se cruzaba en aquella partida.

Sin embargo, como la operación era delicada, el Excmo. Sr. D. Francisco Tadeo Calomarde, que desempeñaba al mismo tiempo la cartera de Gracia y Justicia y las funciones de ministro universal, vigilaba el tanteador y hasta solía reír con asperza al que lo llevaba cuando le parecía que no había puesto de la parte de S. M. las rayas que creía convenientes.

La sala tenía la sombría y aparatosa suntuosidad de casi todas las del palacio hecho por y para los vástagos de la raza borbónica. Los ricos tapices italianos y flamencos que adornaban las paredes contrastaban por su artística severidad con el amanerado techo que el pincel, no sé si de Bayen ó de Maella, había sobrecargado de almibarados geniecillos y de guirnaldas pesadas y macizas, así como algunos cuadros de las buenas escuelas, que años después debían pasar á formar parte del Museo del Prado, parecían protestar de la intrusión de varios muebles del gusto pseudo-clásico del Imperio, que había entrado allí á reemplazar al ya arrinconado mobiliario de los reyes de la casa de Austria.

En el centro de la sala se veía una monumental mesa de billar, hecha de las más ricas maderas que de América venían, y en cuyas incrustaciones parecía haber querido dejar atrás el artista á los más pacienzudos artifices del Celeste Imperio.

Fernando, que á pesar de la obesidad abotargada que afeaba ya bastante una figura que, á falta de distinción y gracia, no había estado exenta de viril hermosura, conservaba ciertos aires de majestosa y rumbosidad. Vestía una casaca redonda de color castaño con botones de plata, y que ya por lo reducido de sus faldones se asemejava mucho á los fraques modernos, calzón ajustado del mismo paño se ceñía por debajo de la rodilla, con hebillas del mismo metal, dejando al descubierto las líneas de una pierna sólida y musculosa, y por la entreabierta chupa, mucho más corta que las que vemos en los retratos de Goya, se asomaban los finísimos encajes de la chorrera que, solo á medias, ocultaba un corbatín también blanco, que después de dar un par de amplias vueltas al cuello, bajaba al pecho sujeto por un alfiler formado por un grueso topacio cercado de diamantes.

En el característico labio inferior, que con su prominencia parecía dispuesto á recibir la carnosa nariz que se le venía encima, se veía uno de aquellos incommensurables habanos á que tan aficionado era, y mientras sus grandes é inexpressivos ojos se entretenían en ver subir al techo las espirales del humo que salían de

su boca, su cuerpo parecía descansar en su tacho, que por lo intrincado de la labor podía competir con la mesa, y en cuya obra, á creer á la tradición, se habían empleado las angustias manos de Carlos IV, que como es sabido, manifestaba mejores aptitudes para desbastar maderas y acoplar piezas de ebanistería, que para regir no muy florecientes Estados y para mantener el decoro de un hogar no siempre ejemplo de virtudes.

III

La partida, que aquella noche era pobre en incidentes, no parecía despertar interés en nadie como no fuera en el preconizado obispo, que á pesar de los respetos que le contenían, avinagraba el gesto cada vez que su egregio compañero se contentaba con dar bola ó hacer simplemente villa, donde había á todas luces una real, ó por lo menos carambola y palos.

Verdad es que para ello había una razón. Fernando, para dar mayor aliciente al juego, había puesto como condición que los gananciosos se llevaran una pelucona á costa de los vencidos, y aparte de que en ocasión ninguna era hombre Su Ilustrísima que creyera que era lo mismo ganar una onza que perderla, en aquella, en que se disponía á hacer un largo y costoso viaje, no eran de desestimar dieciséis mejicanos.

Sin embargo, estaba de Dios que el diablo tentara al ilustre prelado aquella noche, haciéndole perder su paciencia, que no era por cierto su virtud dominante.

La prueba de ello es que cuando S. M. estaba á punto de tirar una bola, en que por imprevisión de los contrarios habían quedado los palos irremediablemente fusilados, un hujier tuvo la malhadada idea de anunciar pomposamente la entrada en la sala del duque de Alagón.

El rey, que ya varias veces había consultado el reloj con la impaciencia de persona que espera á alguien que no llega, al oír el nombre de su capitán de guardias, con tan poco tino empujó la blanca con el tacho, que ésta solo rozó ligeramente el mingo, y ambas se abrieron en un ángulo agudo, dejando en medio, y sin detrimento alguno, los palos.

Si el obispo hubiera sido capaz de manchar sus labios con un terno, el que en aquella ocasión hubiese lanzado habría sido de los redondos; pero por suerte un hondo suspiro fué todo su desahogo.

Entretanto, Fernando, sin curarse más de la mala jugada que había hecho, que del disgusto de su electa Ilustrísima, se acercó al duque, y sin darle tiempo á que le saludara, le dijo en voz lo bastante baja para no ser oído más que de él:

—¿Viste á la arisca condesita?
—La vi, señor; pero poco ó nada es lo que he conseguido. No en vano lleva sangre aragonesa en las venas, y su terquedad casi iguala á su hermosura.

—¿Es decir?...
—Que se obstina en guardar ahora á su marido una fidelidad de que no siempre ha dado muestras. Con mucho donaire dice que á vuestra majestad toca mantener el decoro de sus ministros.

—¿Luego ha sido una torpeza dar á ese imbecil la cartera del despacho de Hacienda?

El de Alagón iba á responder; pero el obispo *in partibus*, á quien acababa de exasperar ver que sus contrarios habían hecho ocho tantos, no pudo contenerse, y como si hablara con los otros, pero en voz que llegó á los oídos del rey, dijo:

—Le toca tirar á S. M.
El monarca, con la bondad que le era característica, dejó con la palabra en la boca á su interlocutor, y preguntó con cierta jovialidad:
—¿A cómo estamos?

—V. M. tira con veinte!—contestó el ministro de la Real Hacienda consultando el tanteador.

—Veinte y tres!—rectificó con acritud Calomarde.—Los últimos tantos de S. M. fueron seis.
—Es lo mismo—dijo Fernando honrando con una sonrisa á su compañero.—La partida es nuestra.

Y empleando la única cualidad de jugador que tenía, hizo dar á las bolas, de un tacazo, cuatro ó cinco vueltas á la mesa.

El resultado, sin embargo, fué idéntico al de la jugada anterior, lo cual hizo fruncir de tal modo el ceño al príncipe de la Iglesia, que el rey, dándole una cariñosa palmadita en el hombro, murmuró:

—No hay cuidado. Estoy consultando con mi capitán de guardias una carambola que ha de ser de las que den fama.

Y dejando enfascados en la partida á los jugadores, se apartó á uno de los ángulos de la sala con el duque de Alagón, con el que reanudó el diálogo interrumpido:

—Bueno. ¿Y qué opinas?—preguntó con impaciencia.

—Que son dos los errores de que hablaba hace un momento V. M. Mejor dicho, uno solo—contestó el duque.—El único medio de rendir una plaza que parece tan inexpugnable, sería dar al protegido de la condesa la mitra que con tanto empeño solicita para él.

—¡Imposible! No hay ninguna.

—La habrá.

El rey fijó la vista en el preconizado que llevaba por compañero, y que ya se impacientaba al ver interrumpida la partida.

—Tire el señor obispo por mí, que yo me reservo para el último golpe—dijo alzando la voz.

El de Alagón se sonrió al ver la prisa con que su Ilustrísima trataba de aprovechar la buena jugada que los contrarios habían prevenido al rey, mientras éste decía á su confidente:

—Si siquiera hubiera un pretexto.
—Hay algo más que eso—contestó el favorito.—Existe un fundado motivo.

—Habla.

—Esta misma noche el obispo electo ha sido presentado, precisamente por el secretario del despacho de Hacienda, en el cuarto del señor infante D. Carlos.

—Que pasa por ser el foco de los trabajos de los apóstoles—dijo Fernando con intención.

—Yo no digo tanto, señor—murmuró el duque,—pero sí aseguro que en ninguna parte como en la diócesis de que se trata hace falta un pastor completamente adicto á V. M.

Fernando se sonrió maliciosamente, exclamando con el gracejo que le era habitual:

—Bien dicen que siempre hay quien me coloque las bolas para que la jugada no se me puerda ir.

Y como al consultar el voluminoso reloj de caja orlada de brillantes que llevaba en uno de

los bolsillos, comprendiese que era tarde, se acercó á la mesa preguntando:

—¿Falta mucho?

—Seis tantos á V. M.—contestó el secretario de Hacienda, callando que á los contrarios sólo dos les eran necesarios.

Cinco minutos después, y á pesar de los esfuerzos hechos para dar la victoria al *pío, felice*, pero esta vez no *triumfador Trajano*, con gran pena tuvo que proclamar el tanteador que la palma del veheimiento era de los contrarios.

Su Ilustrísima dejó el tacho con mal humor y rebuscó entre su opalada una moneda que ó no encontraba ó no quería hallar.

Pero Fernando le atajó el camino, y sacando con una suntuosidad que no era en el frecuente una reluciente onza de oro, la echó sobre la mesa, diciendo:

—La derrota se ha debido á mi exclusivamente, y yo sólo debo pagarla.

Y después de besar respetuosamente el anillo del prelado, dirigió una amistosa frase á cada uno de los tertulios y se dirigió á su cámara apoyado familiarmente en el hombro del duque de Alagón.

Éste, al llegar al umbral de la puerta, se inclinó respetuosamente; pero el rey de las Españas y de las yermas Indias se detuvo todavía algunos segundos para decir al obispo, que ya salía de la estancia:

—Cuento para muy pronto con la carambola de que antes hablaba. Con la ayuda del duque la intentaré, y creo que ha de darme fama de jugador hábil.

Los cortesanos se miraron unos á otros con desconfianza. Tan acostumbrados estaban á que las frases de Fernando fueran á dar donde menos se pensaba, que todos formularon en su cerebro esta pregunta:

—¿Quién será la víctima?

IV

A la mañana siguiente un coche cerrado esperaba á la puerta de la casa que habitaba aquel preconizado obispo, tan hábil en retruques y tan seguro jugador de palos. Pero con gran sorpresa del prelado, en vez de llevarle á su diócesis, á donde debía conducirse era al monasterio de Otandé, que como lugar de reclusión le señalaba una orden del monarca, mientras otro carruaje se encargaba de trasladar al secretario del despacho de Hacienda al castillo de San Antón de la Coruña, que se le daba por cárcel.

Cuando poco después el duque de Alagón entraba en la cámara de Fernando, que acababa de levantarse, ni uno ni otro tuvieron necesidad de hablar para entenderse.

Sin embargo, por si el rey pudiera abrigar todavía algunas dudas, el duque se apresuró á decir:

—D. Tadeo está también convencido, y dentro de una hora pondrá á la firma el nombramiento del nuevo obispo, que V. M. mismo podrá entregar esta noche á la persona que tanto le desea.

Fernando estrechó la mano de su capitán de guardias, y se limitó á decir:

—Tan bien me has preparado la carambola que esta vez me atrevo á asegurar que no se me escapa.

ANGEL R. CHAVES.

EN BROMA

Quizás cuando estas líneas se publiquen, haya llegado al Rif el verdadero príncipe tuerto.

Los que le conocen á fondo afirman que es hombre de pocos amigos, feroz y mal hablado, y que viene dispuesto á castigar á las labiales rebeldes cortando de dieciséis á dieciocho cabezas un día con otro.

Para realizar estos fines diplomáticos se vale de un formón, hecho á propósito y de un mazo de caoba fina. Llama á un rebelde y le dice:

—Mojatár, bájate.

—¿Para qué?—pregunta el otro.

—Para nada; es un capricho que tengo.

Entonces el rebelde se baja, sin sospechar cosa alguna, y el tuerto coge el formón y lo decapita.

A unos piensa matarlos así, con buenas palabras, y á otros trata de cogellos desprevenidos y aplicarles el formón de golpe y porrazo.

La cuestión es que el tuerto se ha encargado de lavar la ofensa que no han inferido los moros, y que debemos estarle muy agradecidos.

Lo peor será si se le fuerce el formón.

En lo referente á novilladas estamos bien.

Los verdaderos aficionados á toros desdiseñan estos espectáculos invernales porque dicen que no ofrecen emociones; pero días pasados hubo novillada, y no fallaron todos los lidiadores por una casualidad. El primer matador recibió una cornada magnífica y varios varazos sueltos; el segundo fué retirado á la enfermería con una conmoción cerebral de primer orden.

—¿No decías que en las novilladas no hay emociones?—exclamaba la esposa de un aficionado al terminar la corrida.

—Por lo general las novilladas son siempre sosas—contestaba el aficionado;—pero hoy hemos tenido muchísima suerte.

El año teatral se despide de buena manera.

Ha habido estrenos con aplausos en la Comedia, Lara y la Princesa. El público acudió solicitado á celebrar los chistes de las nuevas obras y á sorprender los secretos de los autores.

En cuanto empieza la función no falta alguna señora perspicaz que dice á media voz:

—Vamos, sí; ya está explicado el argumento. Thuiller se casa con la Ruiz.

—No, señora, no se casa—contesta un amigo del autor, que está en el secreto.

—Pues me choca mucho, porque es muy guapo—replica la señora.

El esposo de ésta siente que los celos le correen el corazón y agita ambos pies con desasosiego mal reprimido. La señora procura tranquilizarlo, pero no lo consigue. En aquel momento el público aplaude un chiste de la obra, y el esposo aprovecha el ruido para dar un codazo á su mujer acompañado de estas palabras:

—¡Toma, infame! Yo te daré á ti Thuilleres

replica la señora.

El esposo de ésta siente que los celos le correen el corazón y agita ambos pies con desasosiego mal reprimido. La señora procura tranquilizarlo, pero no lo consigue. En aquel momento el público aplaude un chiste de la obra, y el esposo aprovecha el ruido para dar un codazo á su mujer acompañado de estas palabras:

—¡Toma, infame! Yo te daré á ti Thuilleres

replica la señora.

El esposo de ésta siente que los celos le correen el corazón y agita ambos pies con desasosiego mal reprimido. La señora procura tranquilizarlo, pero no lo consigue. En aquel momento el público aplaude un chiste de la obra, y el esposo aprovecha el ruido para dar un codazo á su mujer acompañado de estas palabras:

—¡Toma, infame! Yo te daré á ti Thuilleres

replica la señora.

El esposo de ésta siente que los celos le correen el corazón y agita ambos pies con desasosiego mal reprimido. La señora procura tranquilizarlo, pero no lo consigue. En aquel momento el público aplaude un chiste de la obra, y el esposo aprovecha el ruido para dar un codazo á su mujer acompañado de estas palabras:

—¡Toma, infame! Yo te daré á ti Thuilleres

replica la señora.

—Tus cartas, tu pelo, tu retrato; el peine de goma que me tragiste de San Sebastián. No quiero nada tuyo. El se dirige á la última fila de butacas mustio y avergonzado, toma asiento, baja la cabeza hasta hundir la barba en el seno y gime.

—¿Tiene Vd. butaca?—le pregunta un acomodador.

—No, pero tengo un dardo que me laeera el alma.

Y el acomodador, poco considerado con los que sufren, echa de las butacas á Arturio, para que se vaya á morir fuera del establecimiento.

A la hora de cerrar esta mal perjeñada revista, continuán los moros destruyendo las trincheras.

Y así estamos desde el 8 de Diciembre de 1893.

Todos los días llegan telegramas concebidos en esta forma:

«Moros continúan destruyendo, etc.

De modo, que ya se levanta uno todas las mañanas con la seguridad de que ha de leer la misma noticia, y cuando nos preguntan qué hay de la guerra, contestamos desde luego y sin temor de equivocarnos:

—Pues nada; que continúan destruyendo las trincheras.

A lo cual suelen replicarnos:

—Pero esas trincheras ¿de qué son? ¿De acero fundido?

¡Vaya Vd. á saber!

LUIS TABOADA.

NOTAS É IMPRESIONES

Lo que es exajerado es insignificante.

Talleirand.

La opinión que se tiene de un gobierno es lo que hace su fuerza y su debilidad.

Jules Delafosse.

Ninguna época ha sido más pedante que la nuestra, á causa de que la ciencia positiva la ha empujado á la fuerza en el absurdo camino de la vanidad y de la presunción.

Juan de Nicolle.

En amor y en la caza la imprevisto llega siempre.

Vandelet.

Con las mujeres se disfruta de dos placeres: el de adorarlas y el de injuriaslas.

Valbert.

El hombre más franco no deja de llevar máscara.

Camille Melinand.

La elocuencia política tiene sus variedades: charlatanes que divierten, declamadores que aburren, oradores que encantan y tribunos que meten miedo.

Valiour.

Las madres se asocian mejor á los caprichos de sus hijos que á las labores de su marido.

Vall.

El hombre y la mujer han sido creados para vivir juntos... de vez en cuando.

Henri Lucenay.

Cada lágrima que cae es una gota de rocío que hará surgir una sonrisa.

Los sueños son el pan cotidiano, no de la existencia.

Con frecuencia se busca la dicha como se busca el sombrero que se tiene en la cabeza.

No hay dolores inútiles; éstos son el equilibrio de las alegrías.

Las únicas ideas razonables son aquellas

APUNTES DE MELILLA

DE NUESTRO CORRESPONSAL ARTÍSTICO SR. ALVAREZ DUMONT



Frente á Frajana



El caid de MHIA (ciento) hablando con un centinela.

mayor, pone en el paisaje la nota de color de los uniformes de sus ayudantes y de sus oficiales de órdenes, tanto más viva cuanto que aquí todo el mundo, fuera del cuartel general, viste el traje gris de mecánica.

—«Ya que no aguerrido, el ejército saldrá de aquí práctico para una campaña»—se ha dicho el general Martínez Campos, y está realizando su propósito.

El territorio entero de Melilla se halla convertido en inmenso campo de maniobras. La artillería evoluciona en la meseta ligeramente cóncava que se extiende entre Camellos y Sidi-Guariax, y en el monte han abierto laberintos de surcos las anchas ruedas de los arzones. Los Mauser se ejercitan al tiro en la playa, desplegada la tropa al pie del cerro de San Lorenzo y puestos los blancos más allá de la desembocadura del río de Oro. La caballería da cargas en el campo de maniobras, sale en secciones al encuentro de imaginario enemigo y hace movimientos envolventes de rapidez y precisión admirables. Los cazadores avanzan en guerrilla, dispuesta el arma, tapándose con los accidentes del terreno. Los regimientos de línea maniobran marchando de frente unas veces, en columna de viaje á los tres minutos, por compañías momentos después, luego en columna de honor, practicando sin reposo tomas de posiciones, cargas y retiradas. Por donde quiera se camina, y á donde quiera se convierten los ojos, desde el valle de Mari-Guari hasta el de la Reina Cristina, desde la altura de Sidi-Guariax hasta la hondonada del campo de instrucción, contéplase el mismo espectáculo de tropas en movimiento.



Avanzada en Sidi Guariax

Es el aparato completo de la guerra, su imagen misma. Sólo falta la guerra.

El general en jefe se encuentra aquí en su elemento y no descansa. Levántase al toque de diana, y fuera de las horas que dedica en la comandancia general á la lectura y á la contestación de despachos y á dictar órdenes, hace la vida misma del soldado. Se le ve siempre á caballo, recorriendo los puntos en que maniobran las tropas presenciando aquí el desfile de una brigada, haciendo mas allá una observación, y el toque repetido de las

cornetas batiendo marcha real denuncia á lo lejos su paso por los diversos campos.

Alvarez Dumont ha cogido muy bien la apostura del general Martínez Campos y la del general Macias en el dibujo que acompaña á este artículo y que representa el momento en que un regimiento desfila ante ambos generales.

Unicamente alrededor del emplazamiento de los fuertes en construcción, y sobre todo en torno del de Sidi Guariax, toma el aparato militar aspecto de guerra verdad.

EL DOMESTICADOR DE SERPIENTES

Así en las ferias de las tribus semisalvajes cercanas á Melilla, como en los *zocos* de Tánger, Tetuán y de todas las poblaciones marroquíes, es frecuente ver en medio de compacto corro de curiosos al domesticador de serpientes, que en las costumbres marroquíes viene á ser lo que en las nuestras el prestidigitador placero y el juglar ambulante.

El moro gusta de ver dominado por la inteligencia del domesticador aquel animal antipático en que ve simbolizada la astucia.

Por eso obtiene siempre los aplausos de la muchedumbre ese hombre que va de poblado en poblado con su costal lleno de serpientes. Tocando una pandereta las hace danzar, enderezarse y venir á buscarle desde lejos. Retúrcense los ofidios al compás del ritmo monótono, uniendo sus anillos, deslizándose sus escamas y apretándose en manojos fríos y repugnantes.

Entre las culebras que los moros domestican, están la de ancha cabeza, la llamada «de anteojos» y alguna especie venenosa. Aquellos inmundos bichos son la única renta del juglar marroquí. ¡Quién sabe por medio de qué hábiles trampas ó sutiles lazos los ha cazado! ¡Quién, de que modo los ha hecho familiarizarse con el sonido del parche hasta obedecerle!

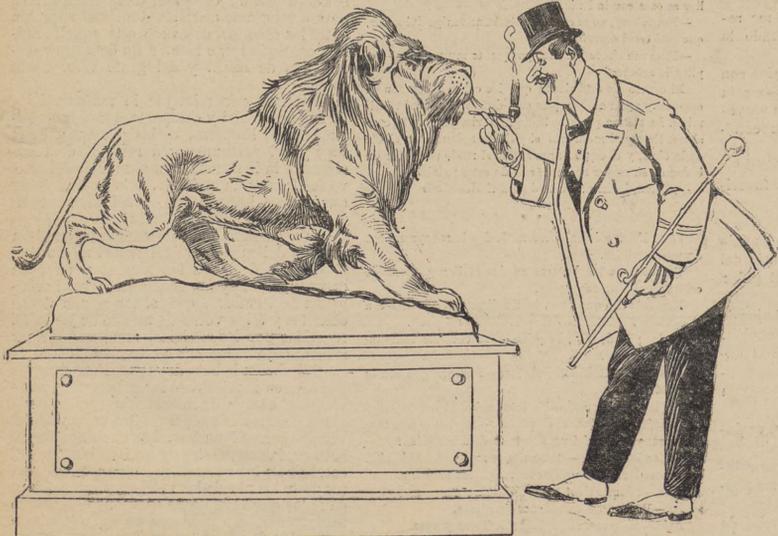
Fromentin, el famoso pintor y escritor de las llanuras africanas, dice, que solo la paciencia del moro es capaz de conseguir que el ofidio se rinda á la obediencia.

Macert narra que en el Tuat vió una familia que se dedicaba únicamente á este singular oficio de domar culebras. Los Llar-ben-Diel, que así se llamaban aquellas gentes, recorrían las ferias de la comarca enseñando unas cuantas docenas de culebrones, á las que solo faltaba hablar: hasta tal punto obedecían á los gritos guturales y á las señas de sus domesticadores.

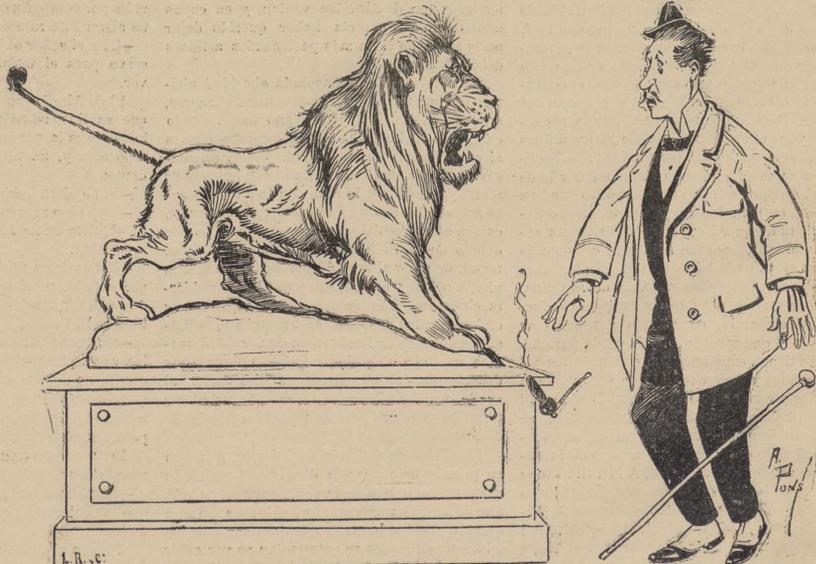


Martínez Campos y Macias presenciando un desfile.

EL LEÓN Y EL DIPLOMÁTICO.---Fábula hispano-marroquí.



—¡Tan viejo, tan cansado!.. Tú lo aguantarás todo.



—¡Caramba!.. Dispéñeme Vd... Creí que era de piedra.